

GILDARDO MAGAÑA, REVOLUCIONARIO ZAPATISTA

¡CON CEDILLO, CONTRA CALLES!

Un episodio histórico que muy pocos conocen:
Magaña y Cedillo movilizaron a los agraristas, pero Calles,
por medio de una hábil maniobra, destruyó a Ortiz Rubio
y elevó al general Rodríguez al poder

HISTORIA DE LA GUERRA EN EL SUR

Una obra escrita con detalles auténticos por Magaña

CAPÍTULO III

¡Y qué extraordinarios caracteres tuvo el zapatismo! Todavía falta penetrar en él, en su historia. No es la historia del zapatismo ni militar ni política; es una historia humana. La ambición fue la menor causa que pudo impulsar a los hombres a unirse a las filas de don Emiliano. Por eso el zapatismo no dio ni genios guerreros, ni caudillos políticos.

El convencionismo

Fue el zapatismo el resultado de una lesión social, apenas conocida hasta nuestros días. La guerra en las montañas y en los valles sostenida por diez años no fue sino una acción reparadora; de aquí que no tomara jamás una actitud agresiva y sí defensiva; de aquí también que sus hombres tuvieran, ante todo, un espíritu de sacrificio.

Tuvo que luchar el zapatismo contra dos fuerzas poderosas. Una, la del enemigo, físicamente superior. Otra, la de su propio medio corrompido por el aguardiente. Y el hecho de que de aquel medio y de entre tantos enemigos hayan salido hombres de una integridad indiscutible, es la mejor prueba del alto valor humano que representaba el movimiento suriano.

El zapatismo no dio nuevos ricos, ni caudillos asesinos; ni del zapatismo salió la corrupción revolucionaria que tanto daño ha hecho a la República. Con el zapatismo surgen muchos hombres que han servido al país con desinterés y eficacia. Mencionarlos crearía el peligro de no hacer justicia a todos. Basta con repetir los nombres de quienes han ya muerto: don Emiliano y don Gildardo.

2

Cuando el general Obregón buscó la alianza con el zapatismo, del que era jefe don Gildardo Magaña, éste no pidió más que una cosa: la promesa formal de que sería cumplido el programa agrario de la Revolución del Sur.

Otros revolucionarios que no hubiesen sido los zapatistas, habrían pedido más sabiendo que el general Obregón necesitaba su alianza. El general Villa pidió una hacienda. Don Gildardo no exigió más que el cumplimiento de un programa que no le beneficiaba a él: que beneficiaba a todos.

Y la persecución de ideales y no de ambiciones políticas, se significó una vez más, cuando triunfante el obregonismo, los zapatistas nada hicieron por recoger los gajes de la Revolución.

Don Gildardo, reconocido primero, ya dentro del orden constitucional, como jefe de la segunda división del Sur, a poco aceptó un modesto cargo, pero desde el cual podía vigilar el cumplimiento del programa agrario: el jefe del Departamento de Colonias Agrícolas Militares.

José C. Valadés

Magaña agrupó a sus viejos amigos y compañeros. Fue al norte, fue al sur. En San Luis, junto con el general Saturnino Cedillo, quien había sido uno de los leales del zapatismo, organizó las colonias de ex revolucionarios.

Pero el establecimiento de las colonias no era suficiente para que el Estado pudiese resolver el problema agrario. Había que exigir al presidente Obregón el cumplimiento de la promesa que había hecho a los surianos en 1919.

Antonio Díaz Soto y Gama –grande y hermosa figura de mexicano– había organizado políticamente a los agraristas. Magaña, apartado de las vanidades electorales, quiso reunir a los campesinos; a sus campesinos. Nació entonces la Confederación Nacional Agraria.

En la paz, lo mismo que en la guerra, don Gildardo empuñaba la simbólica bandera de “Tierra y Libertad”. No olvidó a sus viejos camaradas; fue a ellos, y éstos le respondieron, agrupándose en torno de él.

Nadie estuvo en México, desde entonces, tan íntimamente ligado con los campesinos, como lo estuvo don Gildardo.

Aquel movimiento de ideales, hubo, al fin, de ser destruido; después llevado a la corrupción. Los intereses políticos fueron la causa de ello. Responsable, quizás inconsciente de lo que iba a pasar, fue el general Calles.

Éste quiso ser líder de masas y, para serlo, creó sublíderes. Los sublíderes ya no fueron al campo para la realización de un programa agrario. Fueron al campo en conquistas electorales, y comenzaron por manejár a los campesinos en ese sentido, despertando odios y ambiciones; sembrando la demagogia: ofrecían sin sentir lo que ofrecían; daban por dar. No entregaban la tierra para levantar un México de prosperidad agrícola; daban la tierra para fortalecer al grupo dominante en el Estado.

De esta época es cuando aparece el agrarismo político; del agrarismo que ya no fue idea de prosperidad, de bienestar, que dejó de ser humano. Ese agrarismo se hizo odioso. ¡Qué grave responsabilidad trajeron quienes hicieron odiosa a la más noble idea que se haya propagado en México!

El convencionismo

Don Gildardo se apartó de la lucha. Toda la maquinaria del Estado había sido arrojada sobre él, y sobre los nobles y abnegados hombres del sur. El general Calles era antizapatista, y con razón. Uno era el agrarismo de la bandera que había tremulado don Emiliano, y otro era el agrarismo del presidente Calles y de sus sublíderes.

Encontramos por esos días a don Gildardo, en la carrera que le dio su padre; se dedica a los negocios. Pero los que hace no son ni al amparo del poder ni en conexión con la política o con los políticos; menos con sus ideas.

Vive independiente, gana dos o tres mil pesos; pero no hace inversiones en bienes raíces, como la mayoría de los enriquecidos revolucionarios mexicanos. No; don Gildardo hace lo que ningún revolucionario ha hecho; lo que los mexicanos ignoran que hizo: reparte su dinero.

Cuántos y cuántos campesinos del sur, recibieron dinero para comprar yuntas o arados, semillas o materiales de construcción. Cuántos huérfanos y cuántas viudas de revolucionarios surianos se vieron favorecidos por aquella pródiga mano. Lo que pudo haber sido una fortuna personal, fue una fortuna para todos.

Y mientras que silenciosamente ayudaba a sus viejos compañeros, también en el silencio, realizaba don Gildardo otra obra: escribía la historia del zapatismo.

Fueron las aficiones por la historia las que nos acercaron a don Gildardo y a mí. Esto sucedía en 1931. los dos reuníamos papeles; los dos pensábamos en los papeles. ¡Qué de interesantes hechos escuché de sus labios! ¡Y cómo discutíamos!

Todo un capítulo de recuerdos personales podría escribir a partir de entonces. Nos veíamos una o dos veces por semana, y me invitaba a pasear. El paseo consistía en emprender a pie el camino hacia la villa de San Ángel. Gustaba caminar muy aprisa, mientras iba platicando. Siempre me hacía rendirme, lo que él no dejaba de festejar.

Era muy metódico en el ordenamiento de sus documentos; y muy exigente en cuanto a la veracidad de los hechos. No creía en la anécdota; pensaba, y

José C. Valadés

con razón, que ésta daba lugar al alejamiento de la verdad. Lo que le intercataban eran las ideas.

Tenía el valor de confesar que no era escritor, y todo cuanto escribía lo sometía, modestamente, a quienes creía él sabían escribir. Le disgustaban las ideas extrañas como explicación de sus ideas. Aceptaba las concepciones universalistas, pero creía con firmeza que el zapatismo tenía sus propios conceptos –concepto de vida, de trabajo–. Había en él un gran fondo de humanismo, que no explicaba en palabras brillantes, pero sí con lógica.

Dejó don Gildardo incompleta la historia del zapatismo. Escribió los dos primeros tomos de los cinco que formaban su plan de trabajo. No es una obra literaria, pero quizás por lo exiguo del lenguaje.

No oculta en los dos tomos su amor por la tierra, su cariño por los campesinos. Se excede a veces en el elogio. Parece inspirarse en la frase del anarquista Carlos Melato, estampada bajo el título de la obra: “Sólo la posesión de las fuerzas productoras y ante todo de la tierra, cuna primitiva de todas las riquezas, dará a la humanidad el bienestar, el desenvolvimiento físico de la especie, el refinamiento intelectual, la urbanidad en las costumbres”.

Y en su obra hace justicia. Él, el ardiente liberal, hace conocer la legislación que, sobre tierras, expidió el emperador Maximiliano, quien “dio personalidad a los ayuntamientos, reconoció el fundo legal de los pueblos y sus ejidos”, y asienta que este proceder del Imperio honra al emperador.

Y defendiendo al agrarismo, condena “al agrarismo de pega y oportunista de los policastros que sólo se ocupan de él en relación con sus intereses, casi siempre políticos. No queremos referirnos al agrarismo trasnochado de los falsos líderes que todo lo prostituyen y todo lo infician, ni al de quienes lo utilizan con miras personalistas; ni al de los traficantes que en el agrarismo se escudan para mancillarlo, sino al agrarismo real, efectivo, noble, justo, levantado y puro que soñó Zapata”.

Con su obra, don Gildardo dejó una documentación importante; la más importante que se conoce en México sobre la revolución del sur; y no solamente del sur, sino de las luchas agrarias mexicanas.

El convencionismo

En tanto que escribía el *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, llega un momento intenso en la vida de don Gildardo. Está de nuevo en la política mexicana. No habla, nunca habló de esos días en los que fue actor muy importante en la existencia del país. Se hace necesario hoy, descorrer el velo.

Era presidente de la República don Pascual Ortiz Rubio, quien había sido llevado al poder en uno de los instantes más fatigosos de la decadencia del partido callista. El señor Ortiz Rubio no reunía en torno de él ni tendencias, ni hombres; daba la impresión de un naufrago, en el naufragio también del grupo dominante.

Había, pues, que pensar en el salvamento. Los primeros que pensaron en ello fueron Gildardo Magaña y Saturnino Cedillo, y puestos ambos de acuerdo, buscaron el apoyo de un hombre que representase al partido militar. Este hombre fue el general Lázaro Cárdenas.

A la sazón era Cárdenas comandante militar en el estado de Puebla. A él se dirigieron Magaña y Cedillo. Le hicieron ver el peligro que corría el programa agrario en medio del caos político, invitándolo para que fuese el candidato de los campesinos a la presidencia de la República. Modesta y sorprendidamente escuchó Cárdenas a Magaña y a Cedillo, pero una alianza moral –quizás también política– quedó establecida entre los tres.

Llegaba el día de la acción. El dilema era imperativo: o la renuncia del señor Ortiz Rubio o la guerra civil.

Cuando más alto y fuerte parecía el poder del general Calles, era más bajo y ridículo. Ese poder no era más que el resultado de la obra de los cortesanos. El propio Ortiz Rubio, amedrentado desde el día que recibiese el pistoletazo de Daniel Flores, intentaba hacer resistencia; resistencia al callismo; resistencia a sus otros amigos políticos.

Tres días antes de renunciar, el señor Ortiz Rubio recorría los cuarteles de la Ciudad de México para cerciorarse personalmente de la lealtad de sus tropas y destacaba patrullas hacia la carretera de Cuernavaca, donde se encontraba Calles, pues temía que éste avanzara sobre la capital de la República.

José C. Valadés

Pero no era el general Calles quien tan seriamente amenazaba a Ortiz Rubio; eran los agraristas de Cedillo y de Magaña, quienes no sólo estaban por acabar con el gobierno de Ortiz Rubio, sino con el *maximato* callista.

Contadas son las personas que conocen este episodio, que precipitó la renuncia del señor Ortiz Rubio y que preparó el fin del partido callista.

Cedillo había hecho movilizar, silenciosamente, a varios cientos de hombres armados desde San Luis Potosí hasta las puertas de la capital, en tanto que Magaña había reunido a sus compañeros en Xochimilco y en las cercanías de Cuernavaca.

Si Calles tuvo o no noticias de estos movimientos, lo ignoro. Pero es el caso que con una astucia admirable, evitó la guerra y logró una hábil combinación permitiendo que el partido militar designase al sucesor del señor Ortiz Rubio: al general Abelardo L. Rodríguez.

(Concluirá el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 18 de febrero de 1940, año XVIII, núm. 6, pp. 1, 7.